

Sarmiento, a vueltas con la barbarie

Unos decían: es un poeta, aunque sólo escribió en prosa (¡52 volúmenes!); otros decían: es un artista, aunque no cultivó ninguna de las bellas artes; otros: un pensador, aunque no se ciñó a ninguna escuela filosófica; otros: un político, aunque careció de astucia y partido. Fue concejal, ministro, gobernador, diplomático, senador, presidente; pero llegó a esos poderes llevando consigo la tempestad. Y aún hay en su carrera otros títulos: redactor de periódicos, general de nuestro ejército, autor de libros, maestro de escuela, doctor honoris causa, por lo que en son de burla lo llamaban: «el doctor de Michigan», aludiendo a la universidad norteamericana que lo graduó. Al fallecer, sus necrologías repitieron: «el viejo luchador», definiendo con ello su actitud agonística ante la vida. A pesar de los puestos que ocupara y de los instrumentos nuevos —la prensa y la escuela— de que se valió en su misión, podríamos más bien decir que fue un profeta, el profeta de la pampa. Hubo un resabio arábigo en su abolengo, y algo berberisco en aquel oasis entre las travesías, donde él se crió. Tantas especies diferentes mezcláronse en él, que resultó la liga de un hombre nuevo: personaje sin modelo anterior y sin posible repetición, porque no volverán a repetirse las circunstancias que lo formaron. (p. 19)

El autor de esta cita es Ricardo Rojas quien después de escribir las setecientas veinticuatro páginas de *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento* (1945) confesó en el prólogo «haber intuido la esencia recóndita del raro espíritu que fue Sarmiento» (Rojas: 1945 , p. VIII), hecho nada fácil porque, como él mismo comentó, nos enfrentamos a un magnífico actor que ha representado múltiples papeles bajo sucesivas máscaras, creemos que sus aparentes contradicciones y desconcertantes contrastes psicológicos disuelven o desintegran la totalidad de una figura cuya unidad, más que por lo real, sólo puede ser recobrada a través de lo simbólico o lo imaginario. Ricardo Rojas buscó la unidad emocional de Sarmiento y la encontró en el Valle del Zonda, por lo tanto su propuesta es la de un Sarmiento telúrico y racial, personaje dionisiaco «hecho a semejanza de su tierra natal y nutrido en ella; pero también, según su linaje, hombre quijotesco, enloquecido por los libros que lo lanzaron a buscar aventuras.» (Rojas: 1945, p. XII).

El Sarmiento profético y visionario es un provinciano típico por su enraizamiento y residencia hasta la edad de treinta años, que no conoció Buenos Aires, sus grandes ríos ni la pampa hasta 1852; sin embargo, para entonces ya le había dedicado a ésta sus páginas más perdurables. Como escribió en 1861: «Del sentimiento íntimo de San Juan salió hace quince años esta frase, que dió la vuelta al mundo: *Civilización o barbarie*, el Alfa y el Omega de nuestras luchas». (XLV, p. 77) San Juan de la Frontera, como toda la región de Cuyo a la que pertenece, dependió de Chile durante dos siglos hasta que a finales del XVIII entró en la jurisdicción argentina al crearse el virreinato del Río de La Plata. Situado en el Valle del Zonda, al pie de los Andes, entre la llanura y la sierra, el paisaje nativo de Sarmiento se caracteriza por ser un espacio interior cuyo límites los configuran sus opuestos, un oasis agrícola rodeado de desiertos, una ciudad andina alejada de la portuaria Buenos Aires, una Argentina que se cuelga desde la cordillera sobre Chile.

Como ha señalado Noël Salomon, el conflicto de ideas desarrollado en el *Facundo*, hunde sus raíces en el terruño de las provincias, en sus problemas, en sus intereses. «La glorificación de la «ciudad» a la que se dedica el sanjuanino es más que todo la de la «ciudad del interior», concebida como lugar privilegiado de una capa social que antes de Rosas se estaba desarrollando y aspiraba a ascender: la «pre-burguesía» agrícola e industrial, de mentalidad productora y conquistadora.» (Noël Salomon: 1984, p. 73) De este modo, el interior desde cuyo «campo» irrumpió la *Barbarie*, se convierte en baluarte de la *Civilización* frente a la que es por antonomasia la «ciudad», ahora convertida en centro de *Barbarie*. Además la visión idílica que de los oasis provincianos (Mendoza, San Juan, Tucumán, Salta, etc.) nos brinda Sarmiento, forma parte del optimismo histórico de la tradición criolla, propio de una clase que intuye que el porvenir podría pertenecerle.

Fue Noé Jitrik en su *Muerte y resurrección de Facundo* (1968) el primero en llamar la atención sobre «una imagen del interior» que se contrapone a la «imagen de Buenos Aires». A partir de aquí, el «programa paradójico que se inicia es el de una reivindicación de ese interior expoliado, desde una perspectiva cultural representada por la ciudad pero que la ciudad ha desvirtuado» (Noé Jitrik: 1977, p. XIX), conflicto que descansa sobre el pasado pero se proyecta al futuro. La relación se daría entre su conciencia de provinciano y la voluntad de elevarse hasta las regiones culturales más altas, «conflicto entre lo heredado, lo colonial, lo provinciano, y un proyecto, lo adquirible, un mundo de modelos cuya presencia modifica el punto de partida y le confiere, en el cruce, esa vibración única y dramática, irreprimible.» (p. XVII)

Nuestra lectura del *Facundo* intenta analizar brevemente esta poética del interior en su ambigua aceptación de los modelos europeos, teniendo en cuenta que su adquisición depende de un saber libresco, exhibido siempre con el gesto desafiante de un orgulloso autodidacta. Un joven Sarmiento le confesó a Juan Bautista Alberdi el origen anárquico de su asimilación lectora: «Cuando como yo, no ha podido un joven recibir una educación regular y sistemada, cuando se han bebido ciertas doctrinas a que uno se adhiere por creerlas incostentables, cuando se ha tenido desde muy temprano el penoso trabajo de discernir, de escoger por decirlo así, los principios que debían formar su educación, se adquiere una especie de independencia, de insubordinación que hace que no respetemos mucho lo que la preocupación y el tiempo han sancionado, y este libertinaje literario que en mí existe, me ha hecho abrazar con ardor las ideas que se apuntaron en algunos discursos del salón literario de esa capital.» (Cit. Ricardo Rojas: 1945, p. 114) El proceso seguido lo fue de «espejo reflector de las ideas ajenas» a la formación de un pensamiento propio, «traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería» (III, p. 181). Para Silvia Molloy, Sarmiento «necesita inscribir su gesto autodefinidor en una tradición libresca que lo precede a la vez que divergir de ella»; la traducción se impone sobre la lectura como un desvío; de este modo la «lectura/traducción y la escritura/relato de sí a través del retrato/relato de otros, aseguran el gesto autobiográfico de Sarmiento. También le permiten anclar ese gesto en un contexto más amplio, volverlo gesto cultural.» (Molloy: 1988, pp. 414-417). Como ha dicho Roberto González Echevarría, no es un accidente que *Facundo* se centre en el tema de la autoridad y el poder.

La República Argentina es hoy la sección hispanoamericana que en sus manifestaciones exteriores ha llamado preferentemente la atención de las naciones europeas, que no pocas veces se han visto envueltas en sus extravíos, o atraídas, como por una vorágine, a acercarse al centro en que remolinean elementos tan contrarios. La Francia estuvo a punto de ceder a esta atracción; y no sin alejarse y mantenerse a la distancia. Sus más hábiles políticos no han alcanzado a comprender nada de lo que sus ojos han visto al echar una mirada precipitada sobre el poder americano que desafiaba a la gran nación. (*Facundo*: 1990, pp. 39-40)

Por esto es necesario detenernos en los detalles de la vida interior del pueblo argentino, para comprender su ideal, su personificación.

Sin estos antecedentes, nadie comprenderá a Facundo Quiroga, como nadie, a mi juicio, ha comprendido todavía al inmortal Bolívar, por la incompetencia de los biógrafos que han trazado el cuadro de su vida. En la *Enciclopedia Nueva* he leído un brillante trabajo sobre el general Bolívar, en que se hace a aquel caudillo americano toda la justicia que se merece por sus talentos, por su genio; pero en esta biografía, como en todas las otras que de él se han escrito, he visto al general europeo, los mariscales del Imperio, un Napoleón menos colosal; pero no he visto al caudillo americano, al jefe de un levantamiento de masas; veo el remedo de la Europa y nada que me revele la América.

Colombia tiene llanos, vida pastoril, vida bárbara americana pura, y de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro hizo su glorioso edificio.» (*Facundo*: 1990, pp. 48-49)

Fue Jorge Luis Borges uno de los primeros escritores argentinos en plantear la cuestión retórica de «El escritor argentino y la tradición» (Borges: 1989, p. 267), su escepticismo ante el carácter problemático de una tradición que él entendía como *apariencia, simulacro, pseudoproblema*. Como explica Ricardo Piglia, la «tesis central del ensayo de Borges es que las literaturas secundarias y marginales, desplazadas de las grandes corrientes europeas, «tienen la posibilidad de un manejo propio, «irreverente, de las grandes tradiciones.(...) Una cultura nacional dispersa y fracturada, en tensión con una tradición dominante de alta cultura extranjera. Para Borges (como para Gombrowicz) este lugar incierto permite un uso específico de la herencia cultural: los mecanismos de falsificación, la tentación de robo, la traducción como plagio, la mezcla, la combinación de registros, el entrevero de filiaciones. Esa sería la tradición argentina. Y cuando digo tradición, quiero decir la gran tradición: la historia de los estilos» (Piglia: 1989, p. 51).

Hemos comenzado nuestra lectura del *Facundo* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento, con la elección de dos fragmentos que ilustran de forma emblemática la apropiación y crítica del saber del otro, el rechazo ante la falta de comprensión hacia lo americano mostrada por Europa, esa «mirada precipitada» o incompetente que proyectando su propia imagen en otros pueblos y naciones no advierte la auténtica vida interior que albergan: remedo de una Europa que se imita a sí misma en América. Para Julio Ramos «la lectura (generalizada) de Sarmiento como un intelectual estrictamente importador del «capital simbólico» europeo, no hace justicia a su complejidad, a sus contradicciones, sobre todo, en el *Facundo*. La crítica sarmientina al saber europeo es marcada, aunque a veces coexista con la ideología mimética más radical.» (Ramos: 1989, pp. 24-25). Sin embargo, el planteamiento de Sarmiento reproduce un proceso de simulación mayor; como simulacro, su ficción recrea la admiración de un modelo que después resulta ser insuficiente y que al final provoca la sustitución de la lectura por el lector, la del modelo escrito por la escritura que los incluye y comenta, la del autor por un yo altivo y rebelde.

La clave de este descomunal proceso autobiográfico se encuentra ya en la cuidada monografía de Ezequiel Martínez Estrada, donde la orfandad del destierro se muestra como causa última de la autoproyección de Sarmiento como ideal. «De las ausencias nace en Sarmiento esa magnificación de sus problemas personales hasta adquirir las dimensiones de los problemas nacionales; y esa reducción a términos de problemas personales de lo